

S. AURELII AUGUSTINI HIPPONENSIS EPISCOPI CONTRA SERMONEM
ARIANORUM LIBER UNUS.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Respondo con esta disertación a su anterior discusión, quienes, aunque reconocen a nuestro Señor Jesucristo como Dios, no quieren admitir que es el verdadero Dios y uno con el Padre, introduciendo así dos dioses de naturaleza diversa y desigual; uno verdadero, el otro no verdadero: en contra de lo que está escrito, Escucha, Israel; el Señor tu Dios, el Señor es uno (Deut. VI, 4). Pues si quieren entender esto dicho del Padre, se sigue que Cristo no es nuestro Señor Dios. Pero si es del Hijo, el Padre no será nuestro Señor Dios. Si es de ambos, ciertamente el Padre y el Hijo son uno, nuestro Señor Dios. Por tanto, lo que está escrito en el Evangelio, Para que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan XVII, 3); debe entenderse que dijo, Para que te conozcan a ti y a Jesucristo, a quien has enviado, como el único Dios verdadero. Porque también de Cristo dijo el apóstol Juan, Él es el verdadero Dios y la vida eterna (I Juan V, 20).

2. Asimismo, cuando dicen que Cristo fue constituido por la voluntad de Dios y de su Padre antes de todos los siglos, se ven obligados a confesar que el Hijo es coeterno con el Padre. Pues si alguna vez el Padre existió sin el Hijo, hubo un tiempo antes del Hijo en el que el Padre estuvo solo sin él. ¿Y cómo pudo ser el Hijo antes de todos los siglos, si hubo un tiempo antes de él en el que el Padre estaba sin él? Pero si el Hijo existía antes de todos los tiempos (pues no debe entenderse de otra manera, En el principio era el Verbo; y, Todas las cosas fueron hechas por él (Juan I, 1, 3); ya que el tiempo no puede existir sin algún movimiento de las criaturas, y por eso confesamos que también los tiempos fueron hechos por él, por quien fueron hechas todas las cosas), sin duda el Hijo es coeterno con el Padre. Pero dicen que fue constituido por la voluntad del Padre, no queriendo decir que es Dios de Dios igual, engendrado y coeterno. Sin embargo, en ninguna parte leen que el Hijo fue constituido antes de todos los siglos por la voluntad del Padre. Pero dicen esto para que la voluntad del Padre, por la cual quieren que haya sido constituido, parezca anterior a él. Y su argumentación suele ser así: preguntan si el Padre engendró al Hijo queriéndolo o no queriéndolo; para que si se responde que lo engendró queriéndolo, digan, Entonces la voluntad del Padre es anterior. Pero, ¿quién puede decir que lo engendró no queriéndolo? Pero para que sepan cuán vanas son sus palabras, también deben ser preguntados si Dios Padre es Dios queriéndolo o no queriéndolo. Pues no se atreverán a decir que no quiere ser Dios. Si responden que es Dios queriéndolo, de la misma manera se les debe aplicar su propia vanidad, por la cual se podría decir que su voluntad es anterior a él: ¿qué puede decirse más necio que esto?

CAPÍTULO II.

3. Luego dicen que por la voluntad y mandato del Padre, hizo con su poder los cielos y la tierra, lo visible y lo invisible, los cuerpos y los espíritus, de lo que no existía, para que existieran. Les preguntamos entonces si él mismo fue hecho por el Padre de lo que no existía, es decir, de la nada. Si no se atreven a decirlo; entonces es Dios de Dios, no hecho de la nada por Dios. Esto indica una misma naturaleza del Padre y del Hijo. Pues ni el hombre, ni el animal, ni el ave, ni el pez pueden engendrar hijos de la misma naturaleza, y Dios no pudo. Pero si se atreven a precipitarse en tal abismo de impiedad, diciendo que el Hijo unigénito fue constituido por el Padre de la nada; que busquen por quién fue hecho por el Padre de la nada el Hijo. Pues no pudo hacerse por sí mismo, como si ya existiera antes de ser hecho, para que fuera él mismo por quien se hiciera él mismo. ¿Y qué necesidad había de hacerlo si ya

existía? ¿O cómo podía hacerse para que existiera, si ya existía antes de ser hecho? Pero si fue hecho por el Padre por otro, ¿quién es ese otro, si todas las cosas fueron hechas por él? Pero si fue hecho por el Padre por nadie; ¿cómo pudo hacerse algo por el Padre por nadie, si todas las cosas fueron hechas por el Hijo, es decir, por su Verbo?

CAPÍTULO III.

4. Y antes de que hiciera todas las cosas, dicen, fue constituido Dios y Señor de todas las cosas futuras, rey y creador, teniendo en su naturaleza la presciencia de todas las cosas futuras, y esperando en todo el mandato del Padre al hacerlas; él mismo descendió del cielo por la voluntad del Padre, y vino a este mundo como él mismo dice: «Porque no he venido de mí mismo, sino que él me envió» (Juan VIII, 42). Me gustaría que dijeran si constituyen dos creadores. Si no se atreven: pues uno es; porque de él, y por él, y en él son todas las cosas (Rom. XI, 36); uno es Dios, la misma Trinidad, y así uno es Dios, como uno es el creador: ¿qué es lo que dicen, que el Hijo creó todas las cosas por mandato del Padre, como si el Padre no hubiera creado, sino que hubiera mandado al Hijo crearlas? Que piensen los que piensan carnalmente, con qué otras palabras mandó el Padre a su único Verbo. Pues se forman en la imaginación de su corazón como si fueran dos, aunque juntos, cada uno en su lugar, uno mandando, el otro obedeciendo. Y no entienden que el mismo mandato del Padre para que se hicieran todas las cosas, no es sino el Verbo del Padre por el cual fueron hechas todas las cosas.

Pero que el Padre envió al Hijo, no se puede negar. Pero que consideren, si pueden, cómo lo envió, con quien él mismo vino. ¿Acaso mintió quien dijo: No estoy solo, porque el Padre está conmigo (Juan XVI, 32)? Pero como quieran entender que fue enviado, ¿acaso por eso es de naturaleza diversa, porque el Padre envía y el Hijo es enviado? A menos que tal vez un padre humano pueda enviar a un hijo humano de la misma sustancia, y Dios no pueda: cuando el hombre enviado por el hombre que lo envía es separado, lo que Dios no puede. Pero el fuego envía su resplandor, y el resplandor enviado no puede separarse del fuego que lo envía: aunque esto, porque es una criatura visible, no es en todos los aspectos comparable a este asunto. Pues cuando el fuego envía su resplandor, el resplandor llega más lejos, donde el fuego no llega. Por eso, el resplandor enviado por el fuego de una lámpara, si pudiera hablar, no podría decir verdaderamente en la pared, donde llega sin el fuego de la lámpara, El fuego que me envió está conmigo: pero el Hijo enviado por el Padre pudo decir, El Padre está conmigo. Por tanto, esta misión del Hijo por el Padre es absolutamente inefable, y no puede ser comprendida por ningún pensamiento, no encuentran cómo demostrar de aquí que el Hijo es de una esencia diferente e inferior; ya que ni siquiera un hombre enviado por un hombre demuestra que la naturaleza del que envía y del enviado sea diversa.

CAPÍTULO IV.

Pero aquí también se puede entender que el Hijo es enviado por el Padre en el mismo hecho de que el Hijo apareció a los hombres en la carne, no el Padre. Pues, ¿quién es enviado a donde ya está? ¿Dónde no está la Sabiduría de Dios, que es Cristo, de quien se lee: Abarca con fuerza de un extremo al otro, y dispone suavemente todas las cosas (Sab. VIII, 1)? Por tanto, estando también el Hijo en todas partes, ¿a dónde debía ser enviado donde no estaba, sino apareciendo como no aparecía? Aunque también leemos que el Espíritu Santo fue enviado, quien ciertamente no asumió la naturaleza humana en la unidad de su persona. Y no fue enviado solo por el Hijo, como está escrito, Cuando yo me vaya, lo enviaré a vosotros (Juan XVI, 7); sino también por el Padre, como está escrito, A quien el Padre enviará en mi nombre (Juan XIV, 26). Donde se muestra que ni el Padre sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre

envió al Espíritu Santo, sino que ambos lo enviaron juntos. Pues las obras de la Trinidad son inseparables. Solo el Padre no se lee que haya sido enviado, porque solo él no tiene autor de quien haya sido engendrado, o de quien proceda. Y por eso no se dice que el Padre haya sido enviado, no por la diversidad de naturaleza, que no existe en la Trinidad, sino por la misma autoridad. Pues no es el resplandor o el calor lo que envía al fuego; sino el fuego envía, ya sea el resplandor, ya sea el calor. Aunque estas cosas son muy diferentes; y no se encuentra nada ni en las criaturas espirituales ni en las corporales, que pueda compararse con justicia a esa Trinidad, que es Dios.

CAPÍTULO V.

5. También dicen: Y porque de todos los grados espirituales y racionales, debido a la calidad y fragilidad del cuerpo, el hombre parecía un poco inferior a los ángeles (Sal. VIII, 6); para que no se considerara vil, y no desesperara de su salvación, el Señor Jesús, honrando su creación, se dignó asumir carne humana, y mostrar que el hombre no es vil, sino precioso, como está escrito: «Grande es el hombre y precioso el varón» (Prov. XX, 6, según la LXX). Y por eso se dignó hacer al hombre solo heredero de su Padre, y coheredero suyo; para que lo que había recibido menos en naturaleza, lo tuviera más en honor. Diciendo esto, quieren dar a entender que Cristo asumió carne humana sin alma humana. Lo cual es una herejía propia de los apolinaristas: pero también a estos, es decir, a los arrianos, en sus discusiones, no solo los descubrimos pensando que las naturalezas de la Trinidad son diversas, sino también que Cristo no tiene alma humana. Pero esto aparecerá más claramente en las siguientes partes de esta disertación. Ahora respondemos a estas palabras tuyas que hemos propuesto, para que recuerden que en la Epístola a los Hebreos se entiende que lo que está escrito, Lo hiciste un poco menor que los ángeles (Hebr. II, 7), se refiere a Cristo: y vean que no se refiere a la diversidad e desigualdad de naturaleza del Padre y del Hijo lo que dijo, El Padre es mayor que yo (Juan XIV, 28); sino más bien a lo que en la forma de siervo, debido a la debilidad en la que pudo sufrir y morir, fue hecho menor que los ángeles.

CAPÍTULO VI.

6. También dicen: «Cuando,» dice, «vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo nacido de mujer» (Gál. IV, 4). Él mismo que por la voluntad del Padre asumió carne, él mismo también por la voluntad y mandato de él vivió en el cuerpo, como él mismo dice: «He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (Juan VI, 38). Él mismo, por la voluntad del Padre, fue bautizado a los treinta años, manifestado por la voz y el testimonio del Padre (Luc. III, 21-23), por la voluntad y mandato del Padre predicaba el Evangelio del reino de los cielos, como él mismo dice, «También a otras ciudades debo predicar el Evangelio; para esto he sido enviado» (Luc. IV, 43); y, «Él mismo me dio mandamiento de qué decir, o qué hablar» (Juan XII, 49). Y así, por la voluntad y mandato del Padre, se apresuró a la pasión y muerte, como él mismo dice: «Padre, pase de mí este cáliz; no obstante, no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres» (Mat. XXVI, 39, 59). Y el Apóstol afirmando y diciendo: «Obediente,» dice, «fue hecho al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz» (Filip. II, 8). ¿Qué intentan persuadir con estos testimonios de las Sagradas Escrituras, sino que por eso son diversas las naturalezas del Padre y del Hijo, porque el Hijo se muestra obediente al Padre? Lo cual, sin embargo, no dirían de los hombres: pues si un hijo humano es obediente a su padre humano, no por eso son de naturaleza diversa.

CAPÍTULO VII.

Aunque también esto mismo que dice Jesús, He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió (Juan VI, 38); se refiere a lo que el primer hombre Adán (de quien dice el Apóstol, Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron [Rom. V, 12]), haciendo su voluntad, no la de aquel que lo hizo, hizo a todo el género humano, por la propagación viciada, culpable y sujeto a la pena. Por lo cual, al contrario, por quien habíamos de ser liberados, no hizo su voluntad, sino la de aquel que lo envió. Pues en este lugar se dice voluntad suya, para entenderse que es propia contra la voluntad de Dios. Pues cuando obedecemos a Dios, y por esa obediencia se dice que hacemos su voluntad, no lo hacemos queriéndolo, sino queriéndolo, y por tanto, si lo hacemos queriéndolo, ¿cómo no hacemos nuestra voluntad, sino porque se llama voluntad nuestra, cuando la Escritura así lo dice, la que se entiende que es propia contra la voluntad de Dios? Esta tuvo Adán, para que en él muriéramos: esta no tuvo Cristo, para que en él viviéramos. Pues esto puede decirse correctamente de la naturaleza humana, en la cual existió por la desobediencia una voluntad propia, que era adversa a la voluntad de Dios. Pero en cuanto a la divinidad del Hijo, una y la misma es la voluntad del Padre y del Hijo: ni puede de ninguna manera ser diversa, donde la naturaleza de la Trinidad es inmutable en su totalidad. Pero para que el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5) no hiciera la voluntad propia, que es adversa a Dios, no era solo hombre, sino Dios y hombre: por esa gracia admirable y singular, la naturaleza humana en él podía estar sin ningún pecado. Por eso dijo, He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió: para que esa fuera la causa de tanta obediencia, que fuera completamente sin ningún pecado del hombre que llevaba, porque había descendido del cielo; esto es, no era solo hombre, sino también Dios. Pues mostró que es una persona en ambas naturalezas, esto es, de Dios y del hombre, para que no haga dos, y comience a ser cuaternidad, no trinidad. Por tanto, siendo doble en sustancia, pero una en persona, lo que se dijo, He descendido del cielo, se refiere a la excelencia de Dios; lo que se añadió, no para hacer mi voluntad, por Adán que hizo la suya, se refiere a la obediencia del hombre: pero Cristo, es decir, Dios y hombre; sin embargo, la obediencia en él que es contraria a la desobediencia del primer hombre, se encomienda según lo que es hombre. Por eso dice el Apóstol: Porque así como por la desobediencia de un hombre, muchos fueron constituidos pecadores; así también por la obediencia de un hombre, muchos serán constituidos justos (Rom. V, 19).

CAPÍTULO VIII.

CAPÍTULO IX.

7. Además, continúan diciendo: "Él, colgando en la cruz, por voluntad y mandato del Padre, entregó la carne humana que recibió de la santa Virgen María en manos de los hombres, y encomendó su divinidad en manos del Padre, diciendo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lucas 23, 46). Porque María dio a luz un cuerpo destinado a morir, pero Dios inmortal engendró un Hijo inmortal. Por lo tanto, la muerte de Cristo no es una disminución de la divinidad, sino una deposición del cuerpo. Así como su generación de la virgen no fue una corrupción de la deidad, sino una asunción del cuerpo; de igual manera, en su muerte no hubo pasión ni defecto de su deidad, sino separación de su carne. Así como quien rasga una vestidura, hace injuria al que la lleva puesta; así también quienes crucificaron su carne, infligieron afrenta a su divinidad. He aquí que en sus palabras manifiestan claramente que niegan que el alma humana también pertenezca a la unidad de la persona de Cristo; sino que en Cristo confiesan solamente la carne y la divinidad. Ya que cuando colgaba en el madero, aquello que dijo, "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu", quieren que se entienda que

encomendó al Padre su misma divinidad, no el espíritu humano, que es el alma. Con razón, en esta misma discusión anterior, donde quisieron que se entendiera que Cristo hizo la voluntad del Padre, no la suya, pensando que era de una naturaleza menor y diferente, recordaron aquello que dijo: "Padre, pase de mí este cáliz; pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres" (Mateo 26, 39); pero no quisieron recordar lo que dijo: "Mi alma está triste hasta la muerte" (Mateo 26, 38). Escuchen, pues, cuando les recordamos: "Mi alma está triste hasta la muerte"; "Tengo poder para poner mi alma" (Juan 10, 18); "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su alma por sus amigos" (Juan 15, 13); y lo que los Apóstoles entendieron que fue profetizado sobre él: "Porque no dejarás mi alma en el infierno" (Salmo 15, 10; Hechos 2, 31, y 13, 35). Y no resistan a estos y otros testimonios semejantes de las Sagradas Escrituras, y confiesen que Cristo no solo unió la carne, sino también el alma humana al Verbo unigénito; para que fuera una sola persona, que es Cristo, Verbo y hombre: pero el mismo hombre, alma y carne; y por tanto, Cristo Verbo, alma y carne. Y por eso debe entenderse así, de doble sustancia, divina y humana, de modo que la misma humana consista en alma y carne. O si se conmueven por lo que está escrito, "El Verbo se hizo carne" (Juan 1, 14); y allí no se menciona el alma: entiendan que la carne se pone por el hombre, en un modo de locución que significa el todo por la parte; como es, "A ti vendrá toda carne" (Salmo 64, 3): también, "Por las obras de la Ley no se justificará toda carne" (Romanos 3, 20). Lo cual dijo más claramente en otro lugar, "Por la Ley nadie será justificado" (Gálatas 3, 11): y en otro, "El hombre no se justifica por las obras de la Ley" (Gálatas 2, 16). Así, pues, dijo, "Toda carne"; como si dijera, Todo hombre. Así se dijo, "El Verbo se hizo carne"; como si se dijera, El Verbo se hizo hombre. Sin embargo, estos, al querer entender solo la carne humana como el hombre Cristo; no negarán al hombre, de quien se dice clarísimamente, "Un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús" (1 Timoteo 2, 5): me sorprende que no quieran consentir que, por esta naturaleza humana de cualquier modo, se haya podido decir, "El Padre es mayor que yo"; no por aquella de la que se dijo, "Yo y el Padre somos uno". ¿Quién soportaría, si cualquier hombre dijera, "Yo y Dios somos uno"? Y ¿quién no aceptaría, si un hombre dijera, "Dios es mayor que yo"? ¿Qué es aquello que dice el bienaventurado Juan: "Dios es mayor que nuestro corazón" (1 Juan 3, 20)?

CAPÍTULO X.

8. Además, dicen: "Él, que por voluntad y mandato del Padre cumplió toda la dispensación, por voluntad y mandato del Padre resucitó su cuerpo de entre los muertos; y con ese mismo cuerpo, como pastor con la oveja, y sacerdote con la ofrenda, y rey con la púrpura, y Dios con el templo, fue asumido por el Padre en gloria. Debe preguntarse a quienes dicen estas cosas, qué tipo de oveja llevó el pastor al Padre. Porque si es carne sin alma la que llevó, ¿qué es esta oveja sino tierra sin sentido, que ni siquiera puede dar gracias? Porque sin alma, ¿qué puede la carne?

CAPÍTULO XI.

9. Además, continúan diciendo: "Él, que por voluntad del Padre descendió y ascendió, por voluntad y mandato del Padre se sentó a su derecha, escuchando al Padre decirle: 'Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies'" (Salmo 109, 1). Él, que por voluntad y mandato del Padre se sentó a su derecha, por voluntad y mandato del Padre vendrá al fin del mundo, como clama el Apóstol diciendo: "Y él", dice, "el Señor mismo, con mandato, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo" (1 Tesalonicenses 4, 15). Él, que por voluntad y mandato del Padre vendrá, por voluntad y mandato del Padre juzgará al mundo entero con equidad, y dará a cada uno según su fe y sus obras; como él mismo dice, "El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al

Hijo": también, "Como oigo, juzgo, y mi juicio es verdadero; porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" (Juan 5, 22, 30). Por lo tanto, en el juicio antepone la presencia del Padre, y pospone su dignidad y potestad divina, diciendo: "Venid, benditos de mi Padre" (Mateo 25, 34). Por lo tanto, el Hijo es el justo juez: pero el honor y la autoridad del que juzga, son las leyes imperiales del Padre; así como la oficiosa abogacía y consolación del Espíritu Santo, es la dignidad del Unigénito de Dios, el justo juez. Lo que respondimos anteriormente, también vale contra esto de manera similar. Porque el hecho de que el Hijo obedezca a la voluntad y mandato del Padre, no demuestra en los hombres una naturaleza diferente e inferior, del padre que manda, y del hijo que obedece. A esto se añade que Cristo no solo es Dios, por la naturaleza en la que es igual al Padre; sino también hombre, por la naturaleza en la que el Padre es mayor, de quien no solo es Padre, sino también Señor. Pues de ahí es también aquello profético: "El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo" (Salmo 2, 7). Allí está ciertamente la sustancia inferior por la cual el Padre es mayor, y la forma de siervo de la cual es Señor. Esta forma de su humanidad, que aceptó permaneciendo la forma de divinidad, para hacerse en semejanza de hombres y ser hallado en condición de hombre (Filipenses 2, 6, 7), también aparecerá en el juicio con el que juzgará a vivos y muertos. Por eso se dijo del Padre, que "no juzgará a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo" (Juan 5, 22). Porque en Cristo verán entonces los impíos la forma del Hijo del hombre, de quienes se dijo, "Verán a quien traspasaron" (Zacarías 12, 10; Juan 19, 37). Pero la forma de Dios en ese mismo Cristo, por la cual es igual al Padre, ciertamente no la verán. De ahí que la profecía precedió, "Sea quitado el impío, para que no vea la gloria del Señor" (Isaías 26, 10). Porque también a esto pertenece, "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mateo 5, 8). Finalmente, esto lo testifica clarísimamente, donde dice, "Le dio potestad de hacer juicio, porque es el Hijo del hombre" (Juan 5, 27). No, pues, porque es el Hijo de Dios; ya que según esto, tiene con el Padre una potestad coeterna y una misma: sino porque es el Hijo del hombre, lo que comenzó a ser en el tiempo, para que se le diera potestad en el tiempo. Lo cual no se dice así, como si él mismo no se la hubiera dado, es decir, la naturaleza humana en él no hubiera recibido potestad de aquella que es la naturaleza divina en él: lejos esté de creer esto. Porque ¿cómo haría algo el Padre, si no es por el unigénito Hijo? Ni sin el Espíritu Santo, porque las obras de la Trinidad son inseparables. Y por tanto, lo que el Padre dio potestad al Hijo porque es el Hijo del hombre, por el mismo se la dio porque es el Hijo de Dios. Porque todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho (Juan 1, 3). Pero honorífica y competentemente atribuye al Padre lo que también él hace como Dios; porque de él es Dios. Pues él mismo es Dios de Dios: pero el Padre es Dios, pero no de Dios.

CAPÍTULO XII.

Dicen, "Escuchó del Padre, 'Siéntate a mi derecha,' y por eso se sentó a la derecha del Padre": como si por mandato paterno, no también por su propia potestad lo hubiera hecho. Esto, a menos que se acepte espiritualmente, el Padre estaría a la izquierda del Hijo. Pero ¿qué es la diestra del Padre, sino aquella eterna e inefable felicidad, a la que llegó el Hijo del hombre incluso con la inmortalidad de la carne recibida? Porque si pensamos sabiamente y fielmente en la mano de Dios Padre, no según los lineamientos del cuerpo que no están en Dios, sino según la virtud efectiva, ¿qué entenderemos, sino al mismo Unigénito por quien fueron hechas todas las cosas? De quien también el profeta dijo: "¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?" (Isaías 53, 1). Pero ¿cómo escucha el Hijo al Padre? ¿cómo se dicen muchas palabras del Padre al único Verbo? ¿cómo le habla transitoriamente a quien le habla establemente? ¿cómo le dice algo temporalmente a quien ya eran todas las cosas en él coeterno que dice en tiempos convenientes? ¿Quién se atrevería a preguntar esto? ¿quién podría encontrarlo? Y sin embargo, "Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha" (Salmo

109, 1): y porque se dijo, por eso se hizo. Esto, pues, ya estaba en el Verbo que "el Verbo se hizo carne" (Juan 1, 14). Y porque en el Verbo ya estaba verdaderamente antes de la carne, por eso en la carne se completó eficazmente: porque en el Verbo ya estaba sin tiempo, por eso en la carne se completó en su tiempo. En la cual carne ascendió al cielo, quien del cielo no se apartó incluso cuando de allí descendió; y en la cual se sienta a la derecha del Padre el brazo del Padre; y en la cual descenderá al juicio "con mandato, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios" (1 Tesalonicenses 4, 15).

CAPÍTULO XIII.

Donde quieren que parezca menor el poder del Hijo, porque se dice que descenderá "con mandato". Pero debe preguntarse a ellos, por mandato de quién. Si del Padre, deben ser interrogados de nuevo, con qué palabras temporales manda el Padre a su eterno Verbo que descienda del cielo. Porque la misma orden de Dios que se hará en su tiempo, ya estaba antes de todos los tiempos en el mismo Verbo de Dios. Que si el Hijo de Dios por esto que es hijo del hombre, desciende del cielo; entonces por esto que es Verbo, por él mismo se le ordena que descienda del cielo. Porque si no por él manda el Padre, no manda el Padre por su Verbo: o habrá otro Verbo por el cual se mande al único Verbo. Y me sorprende si ya será único, si también habrá otro. Ciertamente se hicieron algunas voces del Padre al Hijo también temporalmente, como sonó desde la nube, "Tú eres mi Hijo amado" (Mateo 3, 17): no obstante, no para que el Hijo unigénito aprendiera algo por ellas; sino más bien aquellos a quienes convenía escuchar así. Y por tanto, también aquel sonido de palabras transitorias no se hizo sin el Hijo para el Hijo: de lo contrario, no todas las cosas fueron hechas por él. Pero ¿acaso, cuando se le ordene que descienda del cielo, habrá necesidad de tales sonidos y voces, para que el Hijo conozca la voluntad paterna? Lejos esté de creer esto. Por tanto, lo que sea que deba hacerse al Hijo, no lo hará el Padre sino por el mismo Hijo. A él mismo, porque es el Hijo del hombre y fue hecho entre todas las cosas. Por él mismo, porque es el Hijo de Dios y por él se hacen todas las cosas por el Padre. Pero si lo que se dijo, "con mandato, con voz de arcángel"; quieren entenderlo como el mandato del mismo arcángel, como las palabras mismas parecen sonar: ¿qué les queda, sino que digan que el unigénito Hijo es menor incluso que los ángeles, a cuyos mandatos se dice que obedece, si es menor al que se le manda? Aunque lo que se dijo, "con mandato, con voz de arcángel", también puede entenderse así, que la misma voz del arcángel se haga por mandato de Dios, es decir, que el ángel que debe entenderse como la trompeta de Dios, sea mandado por el Señor Dios a emitir su voz, lo que será necesario para que la criatura inferior escuche, cuando el Hijo de Dios descienda del cielo. Porque esa es la trompeta de la que dice en otro lugar: "Porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles" (1 Corintios 15, 52).

CAPÍTULO XIV.

Dijo entonces el Hijo: "Como oigo, juzgo" (Juan V, 30): ya sea desde la sujeción humana, porque también es Hijo del hombre; o según aquella naturaleza inmutable y simple, que es del Hijo, pero que le viene del Padre: en la cual naturaleza no es una cosa oír, otra ver, otra ser; sino que lo que es ser, eso es oír, eso es ver. De donde le viene a él oír y ver, de aquel de quien le viene el ser mismo. Pues también aquello que dijo en otro lugar: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre", es mucho más difícil de entender que esto que ellos han puesto, donde dijo: "Como oigo, juzgo". Porque si "el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre"; ¿cómo podrá juzgar, si no ve al Padre juzgando? Pero "el Padre no juzga a nadie; porque todo juicio lo ha dado al Hijo". Juzga, pues, el Hijo, habiendo recibido del Padre no algún juicio, sino todo juicio; aunque no vea al

Padre juzgando, porque él no juzga a nadie. ¿Cómo, pues, "el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre", cuando juzga, y no ve al Padre juzgando? No dijo: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que oye al Padre mandando"; sino, "lo que ve al Padre haciendo". En esto deben fijarse, en esto deben pensar, en esto deben considerar; y de alguna manera, en la medida de lo posible, deben despojarse de la intención de aquellos que con pensamientos carnales intentan separar la misma naturaleza y sustancia de la Trinidad, y ordenarla en grados de potestades. Por eso se dijo que el Hijo no hace nada por sí mismo, porque no es de sí mismo: y por eso, todo lo que hace, ve al Padre haciéndolo; porque ve que tiene de él el poder de hacer, del mismo de quien ve que tiene la naturaleza de existir. Y lo que dice, que no puede, no es por falta, sino por permanecer en lo que ha nacido del Padre: y es tan loable que el omnipotente no pueda cambiar, como lo es que el omnipotente no pueda morir. Pues el Hijo podría hacer lo que no hubiera visto hacer al Padre, si pudiera hacer lo que por él no hace el Padre: esto es, si pudiera pecar, lo cual no conviene a una naturaleza inmutablemente buena, que ha sido engendrada por el Padre. Pero esto, porque no puede, no es que no pueda por falta, sino por poder.

CAPÍTULO XV.

Son las mismas obras del Padre y del Hijo, no porque el Hijo sea el mismo que el Padre; sino porque no hay obra del Hijo que no haga el Padre por él; ni ninguna del Padre que no haga por el Hijo haciéndola juntos. Porque todo lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo (Juan V, 19, 22). Esta es también una sentencia evangélica, pronunciada consecuentemente por la boca del mismo Hijo. No son, pues, otras las obras del Hijo, y otras las del Padre, sino las mismas: ni se hacen de manera diferente por el Hijo, sino de la misma manera. Pero cuando no se hacen otras similares, sino las mismas por el Hijo que por el Padre; ¿qué significa "igualmente", sino con la misma facilidad, con el mismo poder? Porque si ambos hacen las mismas cosas, pero uno con más facilidad y poder que el otro, ciertamente el Hijo no las hace igualmente. Pero cuando son las mismas y de la misma manera, ciertamente no son otras las obras del Hijo que las del Padre, ni es diferente el poder de los que obran. Y ciertamente no sin el Espíritu Santo: pues de ninguna manera se separará el Espíritu de las obras que ambos hacen. De modo admirable y divino, las obras de todos son hechas por todos, incluso las de cada uno. Porque las obras de todos son el cielo y la tierra y toda criatura. Del Hijo se ha dicho: "Todo fue hecho por él" (Juan I, 3). ¿Quién se atreverá a apartar del Espíritu Santo las obras de cualquier criatura, cuando ve que opera los dones de los santos, de los cuales está escrito: "Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, distribuyendo a cada uno en particular como quiere" (I Cor. XII, 11)? Finalmente, siendo Cristo el Señor de todos (I Cor. VIII, 6) y Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos (Rom. IX, 5); ¿qué de todas las cosas puede negarse que sea obra del Espíritu Santo, quien operó al mismo Cristo en el vientre de la virgen? Pues cuando la virgen dijo al ángel que le anunciaba el futuro parto: "¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?"; recibió la respuesta: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti" (Luc. I, 34, 35). Pero las obras de cada uno se dicen aquellas que se manifiestan como pertenecientes a la persona de cada uno. Así como el nacido de la virgen no es sino el Hijo (Mat. I, 20-25): y la voz desde la nube, "Tú eres mi Hijo amado", pertenece solo a la persona del Padre: y en forma corporal, como paloma, solo apareció el Espíritu Santo (Mat. III, 16, 17). Sin embargo, aquella carne del Hijo solo, y aquella voz del Padre solo, y aquella forma del Espíritu Santo solo, toda la Trinidad la operó: no porque cada uno de ellos sea incapaz de cumplir lo que opera sin los otros; sino que no puede haber operación dividida, donde no solo es igual, sino también indistinta la naturaleza: de modo que siendo tres, y cada uno de ellos Dios, no son tres dioses. Pues el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios; ni el Hijo es el mismo que el Padre, ni el

Espíritu Santo es el mismo que el Padre o el Hijo; sino que el Padre es siempre Padre, y el Hijo siempre Hijo, y el Espíritu de ambos nunca es Padre o Hijo, sino siempre Espíritu de ambos: sin embargo, toda la Trinidad es un solo Dios. ¿Quién, pues, negará que no el Padre, no el Espíritu Santo, sino el Hijo caminó sobre las aguas (Mat. XIV, 25)? Pues solo la carne del Hijo, cuyos pies de esa carne fueron puestos sobre las aguas y conducidos por ellas. Pero lejos esté que se crea que lo hizo sin el Padre; pues de sus obras dice universalmente: "El Padre que mora en mí, él hace sus obras" (Juan XIV, 10): o sin el Espíritu Santo; pues igualmente es obra del Hijo que expulsaba demonios. La lengua de aquella carne perteneciente solo al Hijo era la que ordenaba a los demonios que salieran: y sin embargo dice: "En el Espíritu Santo expulso demonios" (Mat. XII, 28). ¿Quién más que el Hijo resucitó? Porque solo él pudo morir, quien tenía carne: y sin embargo, de esta obra, en la que solo el Hijo resucitó, no estaba el Padre ajeno, de quien está escrito: "Quien resucitó a Jesús de entre los muertos" (Gál. I, 1). ¿O acaso no se resucitó a sí mismo? ¿Y dónde queda lo que dijo: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan II, 19); y que dice tener poder para poner y volver a tomar su vida (Juan X, 18)? ¿Quién será tan insensato como para pensar que el Espíritu Santo no cooperó en la resurrección del hombre Cristo, cuando fue él quien operó al mismo hombre Cristo?

CAPÍTULO XVI.

Hay en el hombre algo similar, aunque de ninguna manera comparable a la excelencia de aquella Trinidad que es Dios: pues él es Dios, esto es criatura: sin embargo, tiene algo donde de alguna manera se puede entender lo que se dice de aquella inefable naturaleza de Dios. Pues no en vano se dijo: "Hagamos al hombre a tu imagen", como si el Padre hablara al Hijo; o, a mi imagen: sino que se dijo, "a nuestra imagen" (Gén. I, 26). Lo cual se entiende correctamente como dicho por la misma Trinidad. Pensemos, pues, en estas tres cosas en el alma del hombre: memoria, inteligencia, voluntad: por estas tres se hace todo lo que hacemos. Y cuando estas tres están bien y correctamente dispuestas, todo lo que hacemos es bueno y recto; si ni el olvido engaña a la memoria, ni el error a la inteligencia, ni la iniquidad a la voluntad. Pues a la imagen de Dios así somos reformados. Toda nuestra obra, por tanto, se hace por estas tres: nada hacemos que no hagan estas tres juntas. Luego, cuando hablamos de cada una, también lo que pertenece a cada una es hecho por todas. Pues el discurso que hacemos sobre la memoria sola, no lo hace solo la memoria: sino que la inteligencia y la voluntad cooperan en él, aunque pertenezca solo a la memoria. Esto es fácil de ver también en las otras dos. Pues cualquier cosa que la inteligencia diga de sí misma, no lo dice sin memoria y voluntad: y cualquier cosa que la voluntad diga o escriba de sí misma, no lo hace sin inteligencia y memoria. Pero hasta qué punto estas cosas son similares, y nuevamente cuánto disimiles a aquella inmutable Trinidad que es Dios, es largo de discutir en detalle. Pero por eso pensé que debía recordar esto, para que también de la misma criatura aportara algo: de donde estos, si pueden, entiendan cuán no absurdo es lo que decimos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que las obras inseparables son hechas por todos, no solo pertenecientes a todos, sino también a cada uno.

CAPÍTULO XVII.

Como oye, pues, el Hijo, juzga: ya sea porque también es hijo del hombre; o porque no es de sí mismo, sino que es el Verbo del Padre. Pues lo que para nosotros es recibir una palabra cuando oímos; para él es ser el Verbo del Padre. Porque así se puede decir que el Padre dio al Hijo el Verbo, esto es, que sea Verbo; como se dice que dio al Hijo la vida, esto es, que sea vida. Pues él mismo dijo: "Como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo" (Juan V, 26). No para que él sea una cosa y la vida que está en él otra, sino para

que la misma vida sea él mismo. Así como tampoco el Padre es otra cosa que la vida que está en él: pero el Hijo no le dio esa vida al Padre, porque no engendró al Padre: pero el Padre dio al Hijo la vida, engendrándolo vida, como él mismo es también vida. Pero no engendró al Verbo como si él mismo fuera Verbo. Pues cuando decimos vida, puede ser de nadie más, como es la vida del Padre, o, dicho más expresamente, el Padre vida, quien no es de otro para ser: pero cuando se dice Verbo, de ninguna manera puede entenderse sino de alguien, y de aquel de quien es. No se puede decir, pues, que el Verbo sea de verbo, como el Hijo es Dios de Dios, luz de luz, vida de vida: porque él solo es Verbo; y así como es propio del Padre engendrar al Verbo, así es propio del Hijo ser Verbo. Y por eso como oye juzga; porque así como fue engendrado Verbo, para ser el mismo Verbo verdad, así juzga según la verdad.

CAPÍTULO XVIII.

Y su juicio ciertamente es justo; porque no busca su propia voluntad, sino la voluntad del que lo envió (Juan V, 30). Pues al decir esto, quiso referir nuestra intención a aquel hombre, que buscando su propia voluntad, no la de aquel que lo hizo, no tuvo un juicio justo de sí mismo, sino que se tuvo un juicio justo de él. Pues él, haciendo su propia voluntad, no creyó que moriría: pero ese juicio suyo no fue justo. Finalmente lo hizo, y murió; porque el juicio de Dios es justo. Este juicio lo hace el Hijo de Dios no buscando su propia voluntad, siendo también hijo del hombre: no porque no tenga voluntad alguna al juzgar; ¿quién diría esto siendo insensato? sino porque su voluntad no es propia de tal manera que esté separada de la voluntad del Padre. Si pensaran en esto, no ordenarían las potestades o funciones de la Trinidad en grados desiguales con pensamientos carnales, como si fueran tres hombres de dignidad desigual y disímil, haciendo al Padre emperador, al Hijo juez, al Espíritu Santo abogado. Pues según las leyes imperiales que el Hijo juzga, afirman que son del Padre: en las cuales constituyen el honor y la autoridad del Hijo juzgando; y la oficiosa abogacía y consolación del Espíritu Santo pertenecen a la dignidad del juez, esto es, del unigénito de Dios: como si la dignidad del juez fuera tener abogado; como es la dignidad del emperador enviar al juez que juzgará según sus leyes imperiales. Con su pensamiento carnal, sin embargo, no pueden demostrar la diversidad de naturaleza, sobre la cual es nuestra mayor disputa con ellos, en estas tres personas. Pues cuando refieren estas cosas a las costumbres humanas, y no se apartan de la costumbre del género humano que pueden captar pensando (pues el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios [I Cor. II, 14]); ¿qué otra cosa nos advierten, sino que tanto el emperador, como el juez, como el abogado, son hombres? Por tanto, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, aunque piensen en un poder desigual, al menos confiesen una naturaleza igual. ¿Qué es lo que los hace imaginar una condición peor que la humana? Pues puede suceder en las cosas humanas, que quien fue juez, también llegue a ser emperador: esto no se dignan concederlo ni siquiera al unigénito del emperador en aquella Trinidad. Si acaso por la fórmula del derecho o costumbre humana, temen demasiado el crimen de majestad incluso en el hijo, ciertamente creo que deberían conceder al abogado que alguna vez llegue al poder judicial. Ni siquiera esto quieren. Por tanto, la condición en aquella Trinidad, que Dios no lo permita, es peor que en la mortalidad del género humano.

CAPÍTULO XIX.

Por otra parte, la Sagrada Escritura, que mide estos actos divinos no por diferencia de potestades, sino por la inefabilidad de las obras, conoce a nuestro abogado también como juez, diciendo el apóstol Juan: "Si alguno peca, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo" (I Juan II, 1). Lo cual también él mismo significa donde dice: "Rogaré al Padre, y os dará otro abogado" (Juan XIV, 16). Pues el Espíritu Santo no sería otro abogado,

si el Hijo no lo fuera también. Sin embargo, para demostrar sus obras inseparables del Padre, dice: "Cuando yo vaya, lo enviaré a vosotros" (Juan XVI, 7): aunque en otro lugar dice: "A quien el Padre enviará en mi nombre" (Juan XIV, 26). Donde se muestra que tanto el Padre como el Hijo enviaron al Espíritu Santo. Así como se muestra por el profeta que tanto el Padre como el Espíritu Santo enviaron al Hijo. Pues ¿quién sino el Hijo, anunciando su venida por Isaías, dice: "Escuchadme, Jacob, e Israel, a quien yo llamo: yo soy el primero, y yo en la eternidad; y mi mano fundó la tierra, mi diestra solidificó los cielos; los llamaré, y estarán juntos, también se reunirán todos, y oirán: ¿quién les anunció estas cosas? Pero amándote, hice tu voluntad sobre Babilonia, para que se quite la simiente de los caldeos. Yo hablé, yo llamé, lo traje, y prosperé su camino. Reuníos a mí, y escuchad estas cosas; pues no he hablado en secreto desde el principio: cuando se hacían, allí estaba, y ahora el Señor me ha enviado y su Espíritu" (Isaías XLVIII, 12-16)? ¿Qué más evidente? He aquí que él mismo dice que fue enviado por el Espíritu Santo, quien fundó la tierra, y solidificó el cielo. Donde se reconoce al Unigénito por quien fueron hechas todas las cosas. Pero el Consolador, que como oficio de la persona más baja en aquella Trinidad estos asignan al Espíritu Santo, el Apóstol dice que es Dios, como leemos en su Epístola a los Corintios: "El que consuela a los humildes, nos consoló Dios con la presencia de Tito" (II Cor. VII, 6). Por tanto, Dios es el Espíritu Santo que consuela a los humildes. Pues ellos son los humildes: de donde aquellos tres hombres en el horno dicen: "Benedicid, santos y humildes de corazón, al Señor" (Dan. III, 87). Por tanto, Dios es el Espíritu Santo que consuela a los humildes. Por tanto, estos, o confiesen lo que no quieren, que el Espíritu Santo es Dios: o si quieren que esto se entienda del Padre, o del Hijo, dejen de separar la persona del Espíritu Santo del Padre y del Hijo por el don de la consolación como propio.

CAPÍTULO XX.

CAPÍTULO XXI.

10. Aquellos, cuya argumentación he recibido y a la cual respondo, no se atreven a decir que lo hecho sea lo mismo que lo engendrado; y distinguen estos dos conceptos, de tal manera que dicen que el Hijo es engendrado por el Padre, mientras que el Espíritu Santo es hecho por el Hijo. Esto no lo leen en ninguna parte de las Sagradas Escrituras, ya que el mismo Hijo dice que el Espíritu Santo procede del Padre.

11. Dicen: El Hijo proclama al Padre; el Espíritu Santo anuncia al Hijo. Como si no se hubiera anunciado que el Hijo es el que vendrá el Espíritu Santo, o que el Padre no hubiera proclamado al Hijo, diciendo: Este es mi Hijo amado en quien me complazco; escúchenlo (Mat. XVII, 5).

12. Por lo tanto, no solo el Hijo revela la gloria del Padre, sino también el Padre revela la gloria del Hijo; y no solo el Espíritu Santo manifiesta la dignidad del Hijo, sino también el Hijo manifiesta la dignidad del Espíritu Santo.

13. Y así como el Hijo da testimonio del Padre, así también el Padre da testimonio del Hijo; y así como el Espíritu Santo da testimonio del Hijo, así también el Hijo da testimonio del Espíritu Santo.

14. El Espíritu Santo es enviado por el Padre y el Hijo; y el Hijo es enviado por el Padre y el Espíritu.

CAPÍTULO XXII.

15. Dicen: El Hijo es ministro del Padre; el Espíritu Santo es ministro del Hijo. No se dan cuenta de que de esta manera hacen a los santos Apóstoles mejores que el Espíritu Santo; quienes, al decir que son ministros de Dios, no negarán que también son ministros de Dios Padre. Porque han sido hechos ministros de aquel en cuyo nombre también bautizaron, es decir, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Por lo tanto, según sus vanas palabras, los ministros de la Trinidad serán mejores; si el Espíritu Santo es menor porque es solo ministro del Hijo.

16. Dicen: El Hijo es mandado por el Padre; el Espíritu Santo es mandado por el Hijo. No leen esto en las Sagradas Escrituras: aunque leemos que el Hijo es obediente según la forma de siervo, en la cual el Padre es mayor; no según la forma de Dios, en la cual él y el Padre son uno.

17. Se lee en las Sagradas Escrituras que el Hijo está sujeto al Padre. Porque está en la forma de siervo, en la cual también estaba sujeto a sus padres humanos; como dice el Evangelio: Y descendió con ellos, y vino a Nazaret; y estaba sujeto a ellos (Luc. II, 51). Pero en ninguna parte la Sagrada Escritura dice que el Espíritu Santo está sujeto al Hijo.

18. Por lo tanto, lo que el Padre manda, el Hijo lo obra por la forma de siervo: y lo que el Padre obra, también lo obra el Hijo por la forma de Dios. Porque no dijo: Lo que el Padre manda, eso hace el Hijo; sino que dijo: Lo que el Padre hace, eso también hace el Hijo de igual manera (Juan V, 19). Si dicen que el Espíritu Santo habla lo que el Hijo manda, porque está escrito: Tomará de lo mío y os lo anunciará (Juan XVI, 14): ¿por qué no también el Hijo habla lo que el Espíritu Santo manda, cuando el Apóstol dice: Lo que es de Dios nadie lo sabe, sino el Espíritu de Dios (I Cor. II, 11); y cuando el mismo Jesús confirma que se ha cumplido en él lo que está escrito: El Espíritu del Señor está sobre mí; por cuanto me ha ungido para anunciar el evangelio a los pobres (Luc. IV, 18, 21)? Si fue ungido para anunciar el evangelio a los pobres porque el Espíritu del Señor estaba sobre él; ¿qué anunciaba a los pobres, sino lo que el Espíritu del Señor tenía, con lo que estaba lleno? Porque también está escrito de él que estaba lleno del Espíritu Santo (Luc. IV, 1).

CAPÍTULO XXIII.

19. Dicen: El Hijo adora y honra al Padre; el Espíritu Santo adora y honra al Hijo. Aquí no es necesario querer discernir escrupulosamente entre honrar y adorar: porque estas cosas se dicen del Hijo por la forma de siervo. Que digan, si pueden, dónde han leído que el Hijo es adorado por el Espíritu Santo. Porque lo que añaden para intentar probar esto, que está escrito: Padre, yo te he glorificado en la tierra, he acabado la obra que me diste que hiciera; y sobre el Espíritu Santo, Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo anunciará; no pertenece al asunto en cuestión. Porque todo el que adora, honra, pero no todo el que honra, adora. Pues también los hermanos, según el Apóstol, se honran mutuamente (Rom. XII, 10), pero no se adoran mutuamente. De lo contrario, si honrar es adorar; que digan, si les place, que el Padre adora al Hijo, y esto por mandato del Hijo, quien le dice: Glorificame (Juan XVII, 4, 5). Pero lo que dijo sobre el Espíritu Santo, Tomará de lo mío, él mismo resuelve la cuestión: para que no se pensara que el Espíritu Santo es de él como él es del Padre; ya que ambos son del Padre, él nace, él procede; estas dos cosas en la sublimidad de esa naturaleza son muy difíciles de discernir: por lo tanto, para que no se pensara esto, como dije, inmediatamente añadió: Todo lo que tiene el Padre es mío, por eso dije, Tomará de lo mío (Juan XVI, 14, 15). Así, sin duda, queriendo que se entienda que toma del Padre. Pero por

eso es de él, porque todo lo que tiene el Padre, es suyo. Esto no es una diversidad de naturaleza, sino una recomendación de un único principio.

20. Según esto, el Espíritu Santo no habla por sí mismo, porque no es de sí mismo quien procede del Padre: así como el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, porque tampoco él es de sí mismo, como ya expuse anteriormente: no porque en todo espere el asentimiento del Padre; porque no dijo, A menos que vea al Padre asintiendo; sino, lo que vea al Padre haciendo (Juan V, 19), según lo que ya hemos discutido. Pero que el Espíritu Santo espere en todo el mandato de Cristo, como dicen, que lo lean si pueden. Porque lo que se dijo, No hablará por sí mismo: no se dijo, Lo que oiga de mí; sino, lo que oiga hablará (Juan XVI, 13). ¿Por qué se dijo esto? Ya quedó claro un poco antes por la exposición del Señor que mencioné, donde dice: Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije, Tomará de lo mío. De donde toma, de allí es sin duda lo que hablará; porque de allí oye, de donde procede. Porque el Verbo de Dios sabe, procediendo de donde nace el Verbo, de tal manera que es comúnmente el Espíritu del Padre y del Verbo.

CAPÍTULO XXIV.

No debe preocupar que el verbo esté en futuro, tomará; como si aún no tuviera. Porque las palabras de tiempo se dicen indistintamente, aunque se entienda que la eternidad permanece sin tiempo. Pues también tomó, porque procedió del Padre; y toma, porque procede del Padre; y tomará, porque nunca dejará de proceder del Padre: así como Dios es, y fue, y será; y sin embargo, ni tiene, ni tuvo, ni tendrá principio o fin de tiempo.

CAPÍTULO XXV.

21. Dicen: El Hijo intercede por nosotros ante el Padre; y el Espíritu intercede por nosotros ante el Hijo. Así como leen que el Hijo intercede ante el Padre, según lo que también hemos discutido anteriormente: así que encuentren de dónde sacar que el Espíritu intercede ante el Hijo. Porque lo que dice el Apóstol, Porque no sabemos qué hemos de pedir como conviene; pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles: pero el que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, porque intercede por los santos según Dios (Rom. VIII, 26, 27); como sea que lo interpreten (es mucho para ellos interpretarlo como debe interpretarse), no se dice que intercede ante Cristo, o que intercede ante el Hijo: pero se dice que el Espíritu Santo intercede, porque nos hace interceder. Así como Dios dice, Ahora conozco (Gen. XXII, 12); como si antes no supiera: ¿qué es esto sino, He hecho que conozcas? De ahí también lo del Apóstol, Ahora que conocéis a Dios, o más bien, sois conocidos por Dios (Gál. IV, 9): para que no se atribuyeran a sí mismos el haber conocido a Dios. Así pues, dice, conocidos por Dios, para que entiendan que Dios, por su gracia, los ha hecho conocedores suyos. Según este modo de hablar se dice, Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios (Efes. IV, 30): esto es, no nos contristéis a nosotros que nos contristamos según el Espíritu de Dios por vosotros. Porque se contristaban por amor, que el Espíritu Santo derramaba en sus corazones (Rom. V, 5), y por esto él los hacía tristes por los males de los hermanos. Finalmente, el mismo apóstol dice, Habéis recibido el Espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos, Abba, Padre (Rom. VIII, 15): y en otro lugar recordando el mismo sentido, dice, Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, clamando, Abba, Padre (Gál. IV, 6). ¿Cómo allí, en el cual clamamos, cómo aquí, clamando, sino porque aquí dice clamando, haciendo clamar? Pero para que según su sentido lo tomemos así clamando, como si no nos hiciera clamar, sino que él mismo clamara; he aquí diciendo, Abba, Padre, no intercede ante el Hijo, sino ante el Padre. No se atreverán a decir que el Espíritu Santo es hijo de Cristo: pues ciertamente, para no decir esto, prefirieron decir que no

fue engendrado por el Hijo, sino hecho. Por lo tanto, no sabemos por nosotros mismos qué orar como conviene, pero el mismo Espíritu intercede, es decir, nos hace interceder según Dios: lo cual, si no lo hace, no oramos, sino según este mundo, para satisfacer la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la ambición del mundo, que no son del Padre, sino del mundo (I Juan II, 16). Aunque algunos piensan que lo que se dice, El mismo Espíritu intercede con gemidos; debe entenderse del espíritu del hombre.

CAPÍTULO XXVI.

22. Dicen que el Hijo es la imagen viva y verdadera, propia y digna de toda bondad, sabiduría y virtud del Padre. Pero el apóstol Pablo no dice que es la imagen de la virtud y sabiduría de Dios; sino que dice que es el mismo Dios, la virtud de Dios y la sabiduría de Dios (I Cor. I, 24). Por lo tanto, el Hijo es la imagen de Dios, y por eso es su virtud y sabiduría. Sin embargo, una imagen plena y perfecta, es decir, no hecha de la nada por él, sino engendrada de él, no tiene nada menos que aquel de quien es imagen: la imagen suprema del Padre, es decir, tan similar que en ella no hay nada disímil, es el Hijo unigénito. Sin embargo, no se atrevieron a decir que el Espíritu Santo es la imagen del Hijo, sino la manifestación. Por eso, no dijeron que fue engendrado, sino hecho por él. Lo cual no leen en absoluto en las Sagradas Escrituras.

CAPÍTULO XXVII.

23. ¿Quién, siendo católico, diría que el Hijo es parte del Padre, o que el Espíritu Santo es parte del Hijo? Esto lo consideraron necesario negar, como si hubiera alguna cuestión entre nosotros y ellos al respecto. Decimos que la Trinidad es de la misma naturaleza, no llamamos parte de alguien a ninguna persona allí. Pero al negar que el Hijo es parte del Padre, dicen que es propio y amadísimo, perfecto y pleno unigénito Hijo: se debe preguntarles, a aquellos que Dios hace hijos suyos voluntariamente, engendrándolos por la palabra de verdad, cuando lleguen a esa perfección, de modo que no puedan ser más perfectos, si también ellos son propios y amadísimos, perfectos y plenos hijos de Dios. Si lo son, entonces aquel no será unigénito, porque tendrá muchos iguales; sino solo primogénito. Si no lo son, ¿cómo se debe entender la plenitud y perfección de aquel, sino que es completamente igual al que lo engendra, y en nada disímil; y para decirlo más brevemente y claramente, estos son hijos por gracia, aquel por naturaleza: porque en estos hay participación de la divinidad, en aquel plenitud? Aunque también lo que asumió al hombre, y el Verbo se hizo carne (Juan I, 14), no es por naturaleza, sino por gracia: sin embargo, permaneciendo la naturaleza del Verbo, que es igual al Padre. Luego, que respondan, porque no dicen que el Espíritu Santo es hijo, sino la primera y principal obra del Hijo sobre todas las demás cosas, si aquellos hijos serán mejores que el Espíritu Santo, a quienes el Padre engendró voluntariamente por la palabra de verdad (Santiago I, 18)? Porque, sin duda, es mejor ser hijos del Padre que obra del Hijo. Que piensen en esto, y corrijan sus vanas e impías blasfemias, y confiesen que en esa Trinidad ninguna persona, excepto que el Hijo permaneciendo Dios, se hizo hombre, es en absoluto criatura, o algo hecho por Dios: sino que todo lo que sea, es el Dios supremo, verdadero e inmutable.

24. Porque, lejos de ser como ellos piensan, el Padre es mayor que su Hijo, según lo que es el Verbo unigénito de él: sino según lo que el Verbo se hizo carne. Pero, ¿qué maravilla, cuando en la misma carne se hizo también menor que los ángeles? Lejos de ser como blasfeman, el Hijo es incomparablemente mayor y mejor que el Espíritu Santo: y lo que es más insano creer, que el templo de un menor sean los miembros de un mayor.

CAPÍTULO XXVIII.

25. El Padre, ciertamente, es Dios y Señor de su Hijo: porque en él está la forma de siervo, que se profetizaba, cuando se decía, El Señor me dijo, Tú eres mi Hijo (Sal. II, 7). A quien también en la misma profecía dice el mismo Hijo, Desde el vientre de mi madre eres mi Dios (Sal. XXI, 11). Porque desde el vientre de su madre, donde asumió al hombre, es su Dios. Pero porque lo engendró antes del vientre de su madre, sino antes de todos los siglos coeterno, es su Padre. Pero, ¿dónde han oído, incluso en sueños, que la Sagrada Escritura haya dicho que el Hijo es Dios y Señor del Espíritu Santo?

26. Dicen: El Padre, inmóvil e impasible, queriendo, engendró al Hijo: el Hijo, sin trabajo ni fatiga, solo con su virtud hizo al Espíritu. ¡Oh, alabanza principal del Hijo y del Espíritu Santo! Como si el Padre nos hubiera engendrado movable y pasiblemente, involuntariamente, quien nos engendró voluntariamente por la palabra de verdad: o como si el Hijo hubiera creado el cielo y la tierra con trabajo y fatiga. Que estas obras sean igualadas, según ellos, al Hijo o al Espíritu Santo: o si de ninguna manera se igualan, ¿de qué sirvió decir esto, sobre lo cual no hay cuestión; que sin ningún trabajo y fatiga engendra el Padre, o hace el Hijo? Que vean bien cómo dicen que el Hijo hizo al Espíritu Santo solo con su virtud. De esta manera se ven obligados a admitir que el Hijo hizo algo que no vio hacer al Padre. ¿O les parece bien decir que también el Padre hizo al Espíritu Santo? Entonces no lo hizo solo con su virtud el Hijo. ¿O el Padre hizo primero a otro, para que el Hijo pudiera hacer al que hizo, quien no puede hacer sino lo que vio hacer al Padre? ¿Y qué es lo que no otras cosas similares, sino que todo lo que el Padre hace, esto mismo hace el Hijo de igual manera? Si intentan pensar en esto, sin duda se les turbarán todas las cosas que con pensamiento carnal se componen.

CAPÍTULO XXIX.

27. Es cierto, sin embargo, que el Padre dio a todas las cosas que existen el ser; y Él mismo, lo que es, no lo recibió de nadie: pero no dio su igualdad a nadie, excepto al Hijo que nació de Él, y al Espíritu Santo que procede de Él. Siendo así las cosas, no es esta, como quieren algunos, la diferencia en la Trinidad; porque la naturaleza en la Trinidad es indiferente, y el poder en la Trinidad es indiferente: para que todos honren al Hijo, como honran al Padre, como Él mismo dijo (Juan V, 19, 23); y quienes desean vivir piadosamente, adoren a su Señor Dios, y solo a Él sirvan, lo cual fue mandado por la ley de Dios a los antiguos padres, y de ninguna manera puede hacerse de otra forma, para que sirvamos solo a nuestro Señor Dios con el servicio que se debe a Dios. Este es el servicio que en griego se llama λατρεία. Esta palabra se usó cuando se dijo: "A Él solo servirás" (Deut. VI, 13). De ninguna manera, digo, esto puede hacerse, a menos que el mismo Señor nuestro Dios sea toda la Trinidad. De lo contrario, este servicio, que se llama latría, que los siervos no deben a aquellos que tienen como señores según la carne, sino que todos los hombres deben solo a su Señor Dios: este servicio, por tanto, no lo ofreceremos al Hijo, si se dijo del Padre: "Y a Él solo servirás"; o no lo ofreceremos al Padre, si se dijo del Hijo: "Y a Él solo servirás". Ahora bien, si construyéramos un templo de materiales terrenales para el Espíritu Santo, ¿quién dudaría que le servimos con latría, es decir, con este servicio del que ahora hablo? ¿Cómo, entonces, no le ofrecemos el servicio que se llama latría, a quien no hacemos un templo, sino que nosotros mismos somos? ¿O cómo no es también nuestro Dios, de quien dice el Apóstol: "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?" Y poco después: "Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo" (I Cor. VI, 19, 20). Nuestros cuerpos, sin embargo, dice que son el templo del Espíritu Santo en nosotros. Por tanto, sirvamos con este servicio, que se llama latría, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y escuchemos la ley de Dios

que manda que no lo ofrezcamos a otro, sino solo a nuestro Señor Dios; sin duda, nuestro único y solo Señor Dios es la misma Trinidad, a quien única y solamente debemos tal servicio de piedad por derecho.

CAPÍTULO XXX.

28. Así como nadie puede, dicen, pasar al Padre sin el Hijo; así tampoco nadie puede adorar al Hijo en verdad sin el Espíritu Santo: como si alguien pudiera venir al Hijo sin el Padre, cuando Él mismo dice: "Nadie viene a mí, si el Padre que me envió no lo atrae" (Juan VI, 44); o pudiéramos llegar al Espíritu Santo sin el Padre y el Hijo, quienes nos lo confieren con su gracia. ¿Qué es, entonces, venir a ellos, sino tenerlos habitando en nosotros? Pues de esta manera ellos vienen a nosotros, aunque Dios está en todas partes y no está contenido en ningún lugar corporal. El mismo Salvador dice de sí mismo y del Padre: "Vendremos a él, y haremos morada con él" (Juan XIV, 23); y del Espíritu Santo dice: "Si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros" (Juan XVI, 7). ¿Qué es, entonces, lo que dicen: "Así como nadie puede pasar al Padre sin el Hijo, así tampoco nadie puede adorar al Hijo en verdad sin el Espíritu Santo"; y luego añaden: "¿Entonces el Hijo es adorado en el Espíritu Santo?" ¿Acaso esto indica una diferencia de naturalezas, sobre la cual se centra la cuestión entre nosotros y ellos? Pues si nadie puede adorar al Hijo en verdad sin el Espíritu Santo, y el Hijo es adorado en el Espíritu Santo, ciertamente el Espíritu Santo también es verdad: porque cuando el Hijo es adorado en él, como ellos han dicho, es adorado en verdad. Pero el mismo Hijo dice: "Yo soy la verdad" (Juan XIV, 6). Por lo tanto, también es adorado en sí mismo, cuando es adorado en verdad. Y así, el Hijo es adorado tanto en sí mismo como en el Espíritu Santo. ¿Quién sería tan impío como para separar al Padre de esto? ¿Cómo no adoramos también en aquel en quien vivimos, nos movemos y existimos (Hechos XVII, 28)? Por lo tanto, también decimos que el Hijo es adorado en el Espíritu Santo: pero que el Hijo sea adorado por el Espíritu Santo, que lo lean si pueden.

CAPÍTULO XXXI.

29. Pues, ¿quién niega que el Padre sea glorificado por el Hijo? Pero también, ¿quién se atrevería a negar que el Hijo sea glorificado por el Padre? A quien el mismo Hijo dice: "Glorifícame"; a quien también dice: "Yo te he glorificado" (Juan XII, 28, y XVII, 5, 4). Glorificar, honrar y clarificar son tres palabras, pero una sola cosa, que en griego se dice δοξάζειν: por la variedad de los intérpretes, se ha puesto de diferentes maneras en latín.

CAPÍTULO XXXII.

30. La obra y diligencia del Espíritu Santo, dicen, es santificar y custodiar a los santos; y no solo a los seres racionales, como algunos piensan, sino también santificar muchas cosas irracionales: y devolver a su estado original a aquellos que cayeron por su negligencia; enseñar a los ignorantes, advertir a los olvidadizos, reprender a los pecadores, exhortar a los perezosos a pensar y actuar con diligencia sobre su salvación, guiar a los errantes al camino de la verdad, curar a los enfermos, y contener la fragilidad del cuerpo mediante la prontitud del alma, y confirmar en el amor a la piedad y la castidad, e iluminar a todos; sobre todo, proporcionar fe y caridad a cada uno, según el esfuerzo y la diligencia, según la simplicidad y sinceridad de la mente, según la medida de la fe y el mérito de la conducta, dividir la gracia para la utilidad y ordenar a cada uno en la obra y propósito en que sea hábil. El Espíritu Santo hace estas cosas: pero lejos esté que las haga sin el Hijo. Pues, ¿quién se desviaría tanto del camino de la verdad como para negar que los santos son custodiados por Cristo, que los caídos son restaurados a su estado original, que los ignorantes son enseñados, que los

olvidadizos son advertidos, que los pecadores son reprendidos, que los perezosos son exhortados, que los errantes son guiados al camino de la verdad, que los enfermos son sanados, que los ciegos son iluminados, y las demás cosas que estos han pensado atribuir al Espíritu Santo, como si las hiciera solo? Para no alargarme sobre las demás cosas, ¿cómo negarán que los santos son enseñados por Cristo, a quienes Él mismo dice: "No os llaméis rabí por los hombres; porque uno es vuestro maestro, Cristo" (Mateo XXIII, 8)? ¿Cómo negarán que los ciegos son iluminados por Cristo, de quien leen que está escrito: "Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre" (Juan I, 9)? Por lo tanto, el Espíritu Santo, así como no enseña ni ilumina a nadie sin Cristo, tampoco santifica nada sin Cristo. Pero lo que Dios dice por el profeta: "Para que sepan que yo soy quien los santifico" (Éxodo XXXI, 13); elijan a quién quieren creer que lo dijo. Si fue el Padre, ¿por qué separan de Él las obras del Espíritu Santo, cuando piensan que los santos son santificados por el Espíritu Santo como algo propio y separable? Si fue el Hijo, al menos no separen de Él las obras del Espíritu Santo santificador. Si fue el Espíritu Santo, el Espíritu Santo también es Dios, lo cual no quieren admitir aquellos que por el Profeta dijo: "Para que sepan que yo soy quien los santifico". Pero si, como se entiende mejor, esa voz es de la misma Trinidad por el Profeta, sin duda, uno es Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas; a Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén (Rom. XI, 36).

CAPÍTULO XXXIII.

31. Por lo tanto, aunque confesamos que el Espíritu Santo hace lo que han mencionado que hace, no se sigue de ello lo que añaden: que el Espíritu Santo es otro que el Hijo en naturaleza y orden, grado y afecto, dignidad y poder, virtud y operación. Pues ni siquiera los hombres tienen una naturaleza diversa, aunque sus obras pueden ser separables, lo cual no puede ser en la Trinidad. El orden, el grado, el afecto, que se encuentran en la disparidad e infirmitud de la criatura, no existen en la Trinidad coeterna, igual e impasible. La dignidad, el poder, la virtud, ¿cómo no son iguales en todos, quienes obran lo mismo y de manera similar? Porque lo que dicen que son diversos en operación, hemos demostrado que es completamente falso.

CAPÍTULO XXXIV.

32. Pero lo que añaden en este discurso, que es imposible que el Padre y el Hijo sean uno y el mismo, el que engendra y el que nace; el que da testimonio y el que recibe testimonio; el mayor y el que confiesa al mayor; el que se sienta o está a la derecha, y el que da el honor del asiento; el que es enviado, y el que envía; ni discípulo y maestro, como Él mismo enseñó diciendo: "Como me enseñó el Padre, así hablo" (Juan VIII, 28): semejante e imitador, y aquel a quien es semejante y a quien imita; el que ora, y el que escucha; el que da gracias, y el que bendice; el que recibe el mandato, y el que da el mandato; el ministro, y el que manda; el suplicante, y el eminente; el sujeto, y el superior; el unigénito, y el ingenito; el sacerdote, y Dios: en parte dicen la verdad, pero que lo digan contra los sabelianos, no contra los católicos. Pues ellos dicen que el Hijo es el mismo que el Padre: nosotros decimos que el Padre engendrante y el Hijo engendrado son dos personas, pero no dos naturalezas diversas. Por lo tanto, no es uno y el mismo el Padre y el Hijo, sino que el Padre y el Hijo son uno. Pero el hecho de que el Padre sea mayor no se refiere a la naturaleza del engendrante y el engendrado, sino al hombre y a Dios: según la forma del hombre asumido, y según la cual Él es Dios del Padre, no el Padre de Él, dice todas esas cosas, de las cuales estos toman ocasión para creer y predicar diversas naturalezas del Padre y del Hijo. Y mientras se sumergen en este abismo de impiedad, nos llaman Homousianos como un reproche de un nuevo nombre. Así es la antigüedad de la verdad católica, que todos los herejes le imponen nombres

diversos, mientras que ellos mismos mantienen cada uno el suyo, como son llamados por todos. Pues los arrianos y eunomianos, no otros herejes, nos llaman Homousianos, porque contra su error, defendemos con la palabra griega ὁμοούσιον al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, es decir, de una misma sustancia, o, para decirlo más claramente, esencia, que en griego se llama οὐσία: lo que se dice más claramente, de una misma naturaleza. Y sin embargo, si alguno de estos que nos llaman Homousianos dijera que su hijo no es de la misma naturaleza que él, sino de una diversa, preferiría que su hijo fuera desheredado antes que pensar esto. ¿Con cuánta impiedad, entonces, estos son cegados, que aunque confiesen al Hijo unigénito de Dios, no quieren confesar que es de la misma naturaleza que el Padre, sino de una diversa e inferior y en muchos modos y cosas disímil, como si no hubiera nacido de Dios, sino que hubiera sido creado de la nada por Él; y por lo tanto, también él es una criatura, hijo por gracia, no por naturaleza? He aquí quienes nos llaman Homousianos como una mancha de un nuevo nombre, y no se miran a sí mismos, cuando sienten estas cosas, como insanos.

CAPÍTULO XXXVII.

Pero lo que confiesen que el Hijo nació antes de todos los siglos, ¿cómo no son contrarios a sí mismos, al decir que nació antes de todos los siglos, pero anteponiendo algo de tiempo a su nacimiento; como si no fueran los siglos o las partes de los siglos cualquier tiempo?

Pero lo que dice el Apóstol, que incluso en el siglo futuro el Hijo estará sujeto al Padre, donde dice: "Entonces también el mismo estará sujeto a aquel que le sujetó todas las cosas" (I Cor. XV, 28); ¿qué tiene de extraño, cuando esa forma humana en el Hijo permanecerá, por la cual el Padre siempre es mayor? Aunque no han faltado quienes han pensado que esa sujeción del Hijo entonces debe entenderse como la transformación de la misma forma humana en la sustancia divina, como si algo se sujetara a aquello en lo que se convierte y se transforma. Pero hemos mostrado lo que pensamos de esto, que el Apóstol dijo que incluso entonces el Hijo estará sujeto al Padre, para que nadie piense que el espíritu y el cuerpo humano en él perecerán por alguna conversión: "para que Dios sea todo", no solo en esa forma de hombre, sino "en todos", es decir, para que la naturaleza divina sea suficiente para tener vida y saciar nuestro deseo en bienes. Entonces Dios será todo en todos, cuando comencemos a no querer tener nada en absoluto además de Él. Pues Él mismo será todo para nosotros, cuando, siendo suficiente, nada nos faltará.

CAPÍTULO XXXVIII.

Pero que el Hijo obedeció el mandato antes de tomar carne, no sé de dónde lo sacan. ¿Acaso fue mandado a tomar carne, para que parezca haber hecho lo que hizo enviado? Vuelvan, entonces, a lo que se discutió anteriormente, y busquen y encuentren, si pueden, con qué otra palabra el Padre mandó a su único Verbo; y si fue digno que el Verbo eterno se sometiera a la palabra temporal del que manda; y entiendan de aquí que no fue la orden del Padre, como si no fuera de su propio poder, sino que "se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo". Pero que "se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte" (Filip. II, 7, 8), ya había tomado carne.

CAPÍTULO XXXIX.

Creo que he respondido a todo lo que contiene el discurso de los arrianos, que nos fue enviado por algunos hermanos para que le respondiéramos. Para que pueda ser examinado por aquellos que leen esto, y desean explorar si se ha respondido a todo, hemos considerado

que debe ser precedido por nuestra disputa; para que primero se lea él mismo, y luego nuestra respuesta. Porque no hemos interpuesto en todas partes el texto de sus palabras; para no hacer demasiado largo este nuestro trabajo, que finalmente concluimos con este fin.